

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura actual

En la vida de las palabras hay momentos de esplendor y ocaso. Nacen para cumplir una función, lo hacen con más o menos fortuna, alcanzan la cima de su predominio, y pasan a los desvanes lingüísticos, cuando la idea en que reposaban deja de hablar a nuestro espíritu, a nuestra postura psicológica. Cabe, entonces, volver la vista hacia ellas, recordando sus filiaciones, el origen que les dio vida y prestancia en los diarios sacrificios de la charla.

La reciente publicación de diversos diccionarios, inspirados en leyes etimológicas y en los vaivenes semánticos, pone de actualidad el tema del origen y porvenir de las palabras.

A través de ellas, resulta amable imaginar las pulsaciones de un remoto vivir que las utilizó con frecuencia, que las llevó de boca en boca, en las plazas y residencias, en los campos y caminos. Formando listas de palabras, determinando su nacimiento geográfico, es posible imaginar formas de vida, mentalidades, impulsos que los hombres concedían a su verbo, quizás distintos a los que nosotros hemos puesto en curso.

Como es sabido, casi el setenta por ciento de nuestro vocabulario castellano es de origen latino. El resto está constituido por voces de raigambre árabe, griega, gótica, francesa, italiana. Cada una de las palabras, de acuerdo con sus antecedentes, tiene un gran sentido evocador.

Una alhambra, un alcázar dorado, un arrabal y un color carmesí, hacen surgir la silueta de algún árabe, formando con sus versos alhambras retóricas, deambulando por estrechas calles, más allá de las ciudades, cerca del brazo curvo de un río, entre naranjos y verdes olivares.

La terminología científica, muy especialmente la que se refiere a la medicina, a la gramática, a la lógica, nos recuerda la precisión del pensamiento griego. Palabras como catedral, cisma, apóstol y blasfemia, expresan un jirón de una historia en incesantes avatares.

Los celtas cedieron vocablos de nostalgia y heroísmo. Camino, alondra, danza y guirnalda incitan a reconstruir las imágenes de las romerías, entre cantos matinales, en senderos de los bosques siempre verdes, jugosos. Bastardo, lanza y orgullo evocan los dramas del predominio personal, señalan los caminos que le eran reservados al hombre nacido al socaire de algún amor viajero, fugaz.

Entre las voces de origen gótico, podemos señalar, como significativas, las siguientes: Dado, daga y esgrima, jardín, camisa y vasallo. Sin olvidar la "bandera" que pudo ondear sobre un "albergue", vigilado por un "espía", temiendo la "guerra", soñando en una "tregua" en la paz del espíritu.

Palabras italianas como bagatela, góndola y pedante, arlequín, lazareto y piano, nos hacen pensar, por contraste, en otras debidas también al genio de un pueblo falsamente identificado.

Como hemos dicho, el español ha hecho suyas voces francesas, americanas, asiáticas. El campo de exploración es ilimitado. Ya en los recintos del latín, habríamos de enfocar los procesos de formación vulgar y culta de muchas de las actuales palabras castellanas, con sus leyes fonéticas, tales como las de menor esfuerzo, énfasis y analogía. Y a través de ellas, tendríamos la visión exacta, el sentido entrañable de las voces que usualmente hacemos nuestras, como herencia que empezamos a transformar en los instantes de los primeros balbuceos de idioma maternal.

Actuales publicaciones dan prestancia a un tema de profundas significaciones. El que fuera excelente diccionario de Arséne Dar-

mesteter ha sido enriquecido con recientes investigaciones. Los estudios semánticos nos entregan el verdadero peso y trascendencia de las palabras.

* * *

Una tradición piadosa nos dice que al pie del Monte Sinaí, Jehová se mostró a Moisés para darle ciertas normas. Toda la conducta posterior del conductor de pueblos estuvo inspirada en aquellas conversaciones misteriosas.

En el año 337 de la Era Cristiana, la Reina Helena, madre de Constantino el Grande, fundó el Monasterio que recibiera el nombre de Santa Catalina. Una leyenda dice que el cuerpo de Santa Catalina, una mártir del siglo IV, fue transportado milagrosamente a la cumbre del Monte Sinaí, donde sus restos han sido venerados hasta ahora.

¿De dónde le viene la fama a este Monasterio?

Desde antaño, los eruditos en estudios bíblicos sabían que era el mayor depósito de manuscritos. Los Códices Sinaiticus, Siriacus y Arábicus atraían a los investigadores lingüísticos. Pero había una dificultad. Para estudiar estas joyas era necesario llegar hasta el recinto del Monasterio. Nadie podía sacar ningún documento. Pero he ahí que recientemente el doctor Aziz Atiya, presidente del Instituto de Estudios Copticos de El Cairo, pudo obtener el microfilm de más de mil códices. Como es lógico, el mundo entero dispone de estos documentos que sirven para desentrañar algunos aspectos de la historia de proyecciones sacras.

Si a esto se une el descubrimiento de pergaminos antiquísimos, se entenderá que muchos capítulos de la historia lejana se irán limpiando de elementos poéticos, pero que tenían la virtud de dificultar el brillo de la verdad. Algunos de estos pergaminos ofrecen una particularidad. En ellos se escribió una anécdota. Después fue necesario borrarla para volver a escribir algo que bien podría ser una rectificación. Tal vez hubo urgencia en plasmar otras historias. Y la escri-

tura fue borrada una vez más. Hoy día es fácil reconstruir las sucesivas anotaciones, algunas de ellas en diversas lenguas, sustentando ideas que parecen antagónicas. Por esta razón se ha dicho que el Monasterio de Santa María ha desempeñado un papel vital en la evolución de tres religiones: el Cristianismo, el Mahometismo y el Judaísmo.

Estos palimpsestos, es decir, estos pergaminos usados, de los cuales se borraron las escrituras primitivas para volver a ser utilizados, son frecuentes en todas las culturas. En el Monasterio del Escorial existen algunos que revelaron el paso de culturas sucesivas. Los actuales procesos químicos facilitan esta labor de análisis, algo de gran valor para darnos cuenta de inquietudes pretéritas. El microfilm permite registrar esas variaciones y entrega la clave para resolver problemas lingüísticos de inestimable valor.

* * *

En los muros de una galería inglesa de hombres ilustres se han dispuesto los retratos de Pasteur y de Fleming.

Pasteur ha sido el genio de la microbiología. El retrato lo representa en su laboratorio, frente a unos apuntes de apretada erudición. Al fondo, una ventana abierta. El artista ha querido indicar que sus investigaciones fueron divulgadas a los cuatro vientos. Porque los frutos del saber pertenecen a la humanidad.

Fleming tiene fija la mirada en unos platillos circulares en donde prolifera el hongo *Penicilium notatum*, productor de la penicilina.

Con anterioridad, en la citada galería figuraban los retratos de Antonio Leeuwenhok y de Lázaro Spallanzani. El primero fue un genio aislado, de gran vocación. Llegó a montar los mejores microscopios de su época. El segundo combatió la teoría de la generación espontánea, diciendo que los seres proceden de otros análogos. Afirmación aventurada, sobre todo en momentos en que todavía podía creerse que los ratones eran engendrados en el barro de las riberas del Nilo.

Gracias a estos hombres se creó el auténtico mundo del microscopio. Los protozoos pudieron ser estudiados en toda su complejidad funcional. Los hongos fueron desarticulados, se conocieron sus jugarretas que tantos sobresaltos producían en los crédulos espíritus.

Sabido es que existe un hongo casi diabólico, amigo de enrojecer las harinas. En más de una oportunidad, este su color rojo, creó dolores de cabeza en diversos gobernantes de épocas pretéritas. Para explicar su función hubo de recurrirse a estrambóticos esoterismos.

El microscopio nos ha revelado un mundo inédito. Las evoluciones de los infusorios ciliados y flagelados nos entregaron su misterio entrañable. Los flagelos que producen la enfermedad del sueño y de la sífilis son crucificados en el portaobjetos. El hombre les da nueva vitalidad y los mata cuando lo juzga oportuno. Y de esta forma el cuadro de las enfermedades se va reduciendo con lentitud, pero con seguridad.

Pasteur, Fleming, Leeuwenhok y Spallanzani son cuatro de los grandes hitos de la conquista científica. Sus aportaciones en beneficio de la humanidad se proyectan más allá de cualquier galería de hombres ilustres.

* * *

Hace algún tiempo se celebró en París una exposición de objetos diversos. En un salón particular se habían reunido desde la medalla de cobre y la vieja condecoración hasta el autógrafo y los primeros borradores de obras literarias, hoy en pleno éxito y difusión. El público francés y la masa fluctuante de turistas pagaron altos precios, justificando así el valor emocional y nostálgico de algunas pequeñas vanidades. Claro está que, de esta forma, muchos creyeron rodearse de un falso prestigio, ya que nada es tan fácil como inventar posibles amistades y deferencias más o menos significativas.

Se habló entonces de algunas "rarezas de colección" de Chateaubriand, el romántico francés. Y se recordaron las estampas y porcelanas que el viajero impenitente había reunido a lo largo de su

vida dinámica, por los cuatro puntos cardinales. Ciertos aficionados pensaron en alguna posible venta de esos recuerdos, bajo custodia de un coleccionista particular. Ahora sabemos que un hombre, un médico de alienados, el doctor Le Savoureur, legó estos bienes a personas poco amantes de los recuerdos. El resultado ha sido la venta al mejor postor. Y hoy día aquellos objetos han ido a engalanar, con su aroma de vejez, residencias modernas. No cabe duda de que tal suele ser el final de muchos esfuerzos coleccionistas.

Chateaubriand, como es sabido, fue un nómada, forzado a veces por las circunstancias. Con paciencia llevó pequeños caprichos a su residencia de Chatenay-Malabry, pueblecito cercano a París. Tuvo una verdadera manía botánica. Y en aquella casa medio campes- tre, se plantaron árboles curiosos, traídos desde Oriente. Con el tiempo, formaron como un anillo en torno al palacete en donde el escri- tor trazó muchas de sus páginas inolvidables. He ahí que ahora plu- rales recuerdos de Chateaubriand han sido dispersados, pasando a poder de personas que nada tienen que ver con los menesteres lite- rarios. Y en todo ello hay un no sé qué de tristeza. Glosar este he- cho concreto supone vernos proyectados hacia el recuerdo del hom- bre a quien se le puede considerar como el iniciador del Romanti- cismo, al escritor que encauzara las letras francesas por muy diver- sos rumbos estéticos. Sin duda Chateaubriand ha precedido a los historiadores modernos en la resurrección del pasado. La Historia, como tema literario, ha ampliado su órbita. En ella caben, no sólo la Edad Media, sino todos los países y todas las épocas.

La sonoridad de sus palabras, el calor de su verbo inflamado hubo de encender muchas y lejanas imaginaciones. Algunas de sus meditaciones parecen escucharse de nuevo, matizadas con el signo de un momento distinto, en los trinos poéticos de Rainer María Ril- ke, el poeta del amor y de la muerte, de las leyendas y de los cuentos del buen Dios.

Varios manuscritos del escritor francés han pasado a poder de individuos tocados por la gracia y desgracia "coleccionistas". Quién sabe si algún día serán estudiados estos documentos, esos papeles

que guardan un interesante jirón del romanticismo francés. Tal vez, en varias de esas cuartillas anotadas rebulle la explicación de los rumbos que tomara la postura romántica.

En nuestros días, acallados los ecos del fogoso romanticismo francés, los escritores, principalmente los cultores del ensayo, estudian el lenguaje y el decir románticos para valorar el significado y el peso de las palabras. No en vano, Leibniz escribió con acerado espíritu crítico: "La paja de las palabras no es el grano de las cosas".

La noticia de haber sido puestos en venta los bienes de este hombre de letras hace pensar en el ocaso de aquellas medallas y porcelanas, de los raros herbarios, de las páginas de escritura chiquita y apretada que eran deleite de muchos curiosos y de algún auténtico amante de los recuerdos.